



La Santa Sede

VIAJE APOSTÓLICO A POLONIA Y HUNGRÍA

(13-20 DE AGOSTO DE 1991)

DISCURSO DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II A LOS MIEMBROS DEL CUERPO DIPLOMÁTICO*

Sábado 17 de agosto de 1991

Excelencias; señoras y señores:

1. Me complace recibir en la sede de la nunciatura a los representantes de los numerosos países y de las diversas organizaciones internacionales acreditadas ante la República de Hungría. El reciente restablecimiento de las relaciones diplomáticas entre la Santa Sede y Hungría es una de las consecuencias felices de la evolución que este país ha experimentado en los últimos años, por lo cual nos alegramos. La misma presencia del representante de la Sede Apostólica, vuestro decano, es un signo de la importancia que hoy se reconoce a la dimensión religiosa en la sociedad húngara.

Con alegría hemos sido testigos de los acontecimientos que han tenido lugar recientemente en esta zona central de Europa. Junto con las naciones vecinas, la nación húngara ha recuperado, finalmente, su libertad y su plena soberanía; hoy puede actuar como un interlocutor que goza de toda la confianza de la comunidad internacional.

Estamos viviendo un momento histórico para Europa; después de muchos años de contrastes y desconfianza, las barreras de una división antinatural del continente han cedido ante la fuerza real de una auténtica irrupción del derecho, del rechazo a la injusticia y de una digna reivindicación de la libertad. Nos admira la valentía y la clarividencia de un pueblo que ha manifestado la madurez adquirida en el momento de la prueba y que ha mostrado recursos humanos impresionantes para hacer vacilar, mediante su acción pacífica, un sistema opresivo. Ahora puede construir un porvenir más luminoso, fundándose en sus tradiciones históricas, culturales y espirituales.

2. Deseo rendir homenaje nuevamente en vuestra presencia a los cristianos de este país. Durante muchos años han sido golpeados en lo más profundo de sus almas por la negación pública de su fe, el desmantelamiento de sus instituciones, la dispersión de sus comunidades religiosas y el silencio forzado de muchos pastores. Recuerdo con emoción la noble figura de su pastor, el cardenal Jozsef Mindszenty, ahora rehabilitado, que reposa desde hace poco en la tierra que amó apasionadamente, en el seno del pueblo al que se entregó con una fidelidad que ha suscitado el respeto del mundo entero.

Como lo demuestra la acogida reservada en este país al Obispo de Roma, la Iglesia católica retoma ahora a su propia actividad a la luz del día. Formulo votos fervientes para que se acoja su deseo de contribuir al bien de la sociedad, según su vocación específica, en un vínculo cordial con las demás comunidades eclesiales presentes. La Iglesia católica, que no solicita privilegios, tiene necesidad de un mínimo de medios materiales para realizar mejor su propia misión; en particular, esto es necesario para la recuperación de la vida religiosa y la promoción de obras de carácter social y caritativo. Por otra parte, un acceso regular a los medios de comunicación permitirá que los católicos se manifiesten tal como corresponde a un componente significativo de la nación. Fieles al manantial vivo del Evangelio, dan voz de modo especial a la preocupación por una exigencia moral fundamental de la vida humana, el ardor de una caridad fraterna llamada a superarse incesantemente y la sed de unidad y paz en el respeto mutuo a los hombres y mujeres amados de igual manera por el Creador y Cristo Salvador.

3. El Cuerpo diplomático del que formáis parte es naturalmente un testigo privilegiado de los nuevos pasos que se están dando en Hungría. Es, asimismo, factor de reflexión, cooperación y solidaridad internacional. Los representantes de las naciones no pueden olvidar las lecciones de la historia, tan llena de contrastes, de este continente. A menudo Europa ha sido un campo de batalla donde se afrontaban los imperios, las naciones e, incluso, las religiones. Las dos guerras mundiales se desencadenaron en Europa: Las consecuencias de esos desastres siguen influyendo aún hoy en los pueblos. Es necesario tomar conciencia, con madurez, de los motivos que provocaron y alimentaron esas tensiones y conflictos; hay que evitar ocultar las rivalidades de intereses egoístas que frecuentemente se defendieron con perjuicio de los derechos de los demás. Antes bien, es menester hacer emerger claramente los valores comunes y constructivos, que son los cimientos de una paz justa y duradera y la condición para el futuro armonioso de un continente en búsqueda de coherencia, bajo la mirada atenta de los pueblos de todo el mundo.

¿Podemos afirmar, más allá de cualquier retórica, que Europa es verdaderamente una familia que acomuna a una gran variedad de culturas y tradiciones? Sin haberse dado cuenta nunca verdaderamente de ello, esta familia estaba privada de una parte vital de sí misma a causa del alejamiento de los pueblos radicados en el centro de Europa, a los que se les impedía participar libremente en intercambios de cualquier índole. Los diversos países del continente, que muestran sus heridas aún vivas, ¿sabrán restablecer una vida común, en la que se acepten las diferencias y se superen los contrastes gracias a la adhesión a los valores fundamentales, patrimonio de una

misma herencia?

Los dirigentes de las naciones europeas se encuentran frente a peticiones apremiantes: la reciente evolución renueva y ensancha el horizonte de una cooperación necesaria. No se trata ya de un juego de potencias contrapuestas; se trata de lograr una colaboración cada vez más estrecha en lo que podríamos definir la «libertad internacional», extensión de la libertad reconquistada por las personas y los pueblos. Sabed que la Iglesia católica considera positivamente los esfuerzos realizados con miras a la creación de instituciones adecuadas para poner en práctica la solidaridad, que se impone en primer lugar entre los países de una misma zona del mundo: Espero vivamente que no se detengan en este camino como consecuencia de repliegues sobre sí mismos, lo que podría ser una tentación para algunos, o a causa del miedo a perder ciertos poderes o ventajas. En el ámbito del continente europeo, el desafío de la solidaridad entre las naciones, así como la preocupación por la justicia de millones de hombres y mujeres perjudicados durante mucho tiempo, constituyen motivos de inspiración para la acción, que es más noble que la conservación de intereses egoístas. Para poner algún ejemplo, se espera que aumente la libre circulación de las personas entre los países, el intercambio de conocimientos y tecnologías y la colaboración económica en un plano de igualdad, sin que esto desemboque en ninguna clase de subordinación.

4. Hungría, como los demás países de esta zona, debe afrontar tareas numerosas y difíciles para recobrar completamente su propio dinamismo y prosperidad. Es preciso reconstruir la economía para que pueda responder a las necesidades vitales de sus habitantes. Tiene que renovarse el sistema educativo y recibir un apoyo adecuado. La cultura ha de apropiarse nuevamente de las riquezas de su memoria histórica y beneficiarse al mismo tiempo de las contribuciones desinteresadas provenientes de otras zonas. A este propósito, no puedo menos de reafirmar, señoras y señores, que sois vosotros los protagonistas de una cooperación de la que se espera sin tardanza un desarrollo fecundo.

No atañe a la Iglesia, como es sabido, intervenir en campos que son competencia propia de los Estados. Pero siento la necesidad de lanzar un llamado a los pueblos y a sus dirigentes a fin de que no pierdan nunca de vista las razones profundas de una cooperación que no puede definirse sólo en términos de mercado o de intercambios culturales. La ayuda deseada y las colaboraciones privadas o públicas tienen como objetivo permitir que estos pueblos vuelvan al trabajo, desarrollen sus talentos y sus recursos humanos, preserven su ecología, hagan resplandecer su cultura y desplieguen todas las potencialidades de su humanidad.

En otras palabras, es importante no dejar que se creen compartimientos herméticos entre las diversas áreas. La solidaridad entre las personas, así como entre los pueblos, es sobre todo un principio de orden moral. La actividad humana, económica, política y cultural no alcanza su plenitud de significado si no se impone un reglamento de orden ético a otras consideraciones, aunque sean legítimas. Dicho de otro modo, la persona humana y la «personalidad» de un pueblo

son realidades que la acción política debe respetar y servir por encima de todo. ¡Jamás se puede ignorar la conciencia recta, o envilecerla! ¡Jamás se puede despreciar la vida! Solo existe progreso real en la comunidad humana cuando el derecho, que forma parte de la naturaleza misma del hombre, es reconocido como un fundamento anterior a cualquier transacción, pacto o creación de estructuras institucionales en el ámbito de una nación o de la solidaridad de un grupo de naciones.

5. Los países de la zona central de Europa han empezado a reconstruir un mundo de libertad. Sabemos que se asiste también al resurgir de tensiones entre los grupos de diversas nacionalidades, presentes en una misma organización política. He hecho muchos llamamientos al respeto de los derechos de todas las naciones, de todas las minorías; estas deben aceptar la Constitución del país que las hospeda, pero también los Gobiernos han de reconocerles iguales derechos, incluido el derecho a hablar su lengua materna, a gozar de una justa autonomía y a conservar su propia cultura. Los húngaros son sensibles al destino de sus hermanos, que viven en muchos países vecinos; con razón esperan mantener ciertos lazos con ellos. Si las fronteras son inviolables, ¿no es necesario afirmar, de igual modo, que los mismos pueblos son inviolables? Es urgente que entre mayorías y minorías se superen los prejuicios y resentimientos heredados de la historia. ¿Acaso no es posible, gracias a un mejor conocimiento recíproco, llegar a superar pacientemente las antipatías ancestrales a las que no podemos resignarnos? Este objetivo es prioritario para los cristianos; no podrán renunciar a él sin mostrarse infieles a una verdad central: la igualdad innata entre todos los seres humanos que tiene la vocación de vivir en unión fraterna, por encima de cualquier frontera. Queda aún un largo camino por recorrer para acercarnos a la meta. Lejos de desanimarnos, esto debe impulsarnos a emprender sin demora semejante camino.

6. En un momento en que hay que llevar a cabo opciones decisivas para el futuro del continente europeo, he querido expresar en vuestra presencia algunas convicciones que juzgo esenciales. Si en Budapest hoy nuestra atención se dirige a la Europa que se transforma, no queremos dejar de aludir a las graves preocupaciones que conocen las demás zonas del mundo, a las que muchos de vosotros representáis. Esperamos que el surco excavado en otro tiempo entre el Este y el Oeste se colme para siempre. Esperamos asimismo que todos los miembros de la comunidad internacional acepten llevar a cabo incesantemente los esfuerzos necesarios para intensificar la colaboración y la solidaridad entre el Norte y el Sur. Porque, en su infinita diversidad, la familia humana es una y todos sus miembros tienen igual dignidad. Nadie puede aceptar que un solo ser humano sea perjudicado o privado de sus derechos fundamentales. Las últimas generaciones han aprendido mejor que nunca a abrazar con una sola mirada todo el planeta. Pero queda mucho por aprender y por hacer para conseguir una solidaridad efectiva entre todos los pueblos.

7. Excelencias, señoras y señores, al final de nuestro encuentro me alegra formular a cada uno de vosotros los votos de felicidad del Obispo de Roma, para vuestras personas y para los pueblos que representáis. Con la esperanza de ver al país que os alberga, al continente europeo y al

conjunto de las naciones del mundo avanzar con paso firme y espíritu abierto por el camino de la justicia y de la paz, pido a Dios Todopoderoso que derrame abundantemente sus dones de sabiduría y amor sobre vosotros y vuestras naciones.

**L'Osservatore Romano*. Edición semanal en lengua española n. 35 p.6.

Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana